

Mátame

Gabriela Lidia Enríquez



KILL ME SLOWLY

SICKICK

Capítulo 1

El olor a muerte colgaba pesado y penetrante en el aire.

La enfermedad tocó la piel y la cubrió con un brillo húmedo que en cualquier otra situación podría haber sido atractivo.

La castellana sostuvo un pañuelo perfumado sobre su nariz mientras caminaba por el pueblo hacia la iglesia.

Ya había muchas personas en los escalones cuando llegó allí, pero no se metieron por la cola. Ninguno de ellos estuvo al alcance de la mano el uno del otro.

Todos sus ojos se centraron en las puertas cerradas, incluido la castellana.

Un pequeño hueco cuadrado en la puerta de madera estaba cubierto con una pieza deslizante de metal que se abría desde el interior.

Por fin llegó el familiar ruido de rejilla.

Un par de ojos azules y acuosos, palidecidos por la ceguera, miraban desde el agujero.

"No hay medicina hoy".

La madera se cerró y la multitud se dispersó.

La castellana hizo el traicionero viaje todas las mañanas. Su propia buena salud corría el riesgo de una tos caprichosa, no cubierta adecuadamente, con un niño asustado aferrándose a su mano y faldas.

Pero eso tenía que hacerse. Si alguna vez hubiera una posibilidad de que su querida mandolina se pudiera salvar, tenía que arriesgarse.

Llegó a la puerta de su casa con el corazón martilleándole. Una cinta amarilla colgaba de la aldaba. Anhelaba tirar de él, tener una puerta descubierta, una casa sana.

Pero, por desgracia, ella sería asesinada por los miembros de la ley si se enteraban.

Las cuatro de las otras cinco casas tenían cintas amarillas. El último tomó su cinta amarilla y la reemplazó por una azul.

Pobre vasco, pensó la castellana. Meses atrás habría llorado por el fallecimiento de un viejo amigo.

Meses atrás, la plaga acababa de comenzar con un mercader ambulante enfermo que se refugió dentro de la posada por unos días hasta que se mejoró.

El resto-hotel cerró primero cuando el camarero murió. La iglesia a continuación. El mercado lo hizo lo mejor que pudo pero, al no recibir suministros, pronto se quedaron sin cosas que vender.

Tantos murieron de la plaga como el hambre. Ahora, al menos, la granja tiene suficiente comida para ayudar a los sobrevivientes hasta la próxima cosecha.

La castellana empujó la puerta. Hierbas y esencias ardiendo en una pequeña estufa llenaron la casa con un humo enfermizo.

La mandolina yacía en el sofá con una manta manchada. Su rostro se veía pálido y sudoroso.

Él gruñó. Su voz se había ido hace mucho tiempo. Desapareció en un ronco susurro durante un rato antes de que desapareciera por completo. La castellana había llegado a adivinar lo que quería decir.

"Hoy no, mi amor. Quizás mañana".

Mañana no. O el día después. Cada día, la castellana observaba cómo cada vez más y más su amado esposo se escabullía.

Ella anhelaba abrazarlo y consolarlo al pasar, pero temía enfermarse a sí misma.

Ella se preguntaba si podría enfermarse con él para no tener que estar sola después de que él se fuera.

Ella le dijo eso a él en los primeros días, pero él le había prohibido fervientemente que se pusiera enfermo.

Ella lo obedeció como siempre lo había hecho.

Lo amaba desde lejos. Se afligió por él aunque todavía no se había ido.

Todos los días esperaba que la iglesia tuviera una respuesta. Cada día las puertas permanecían cerradas y ella misma tenía que defenderse de ellas.

Llamaron a la puerta la noche antes del Día de la Comida.

La castellana la miró fijamente, incrédula en sus propios oídos. Nadie tocó la puerta de una cinta amarilla.

Incluso las cintas azules infundían miedo en los visitantes en caso de que la enfermedad todavía estuviera en el aire.

Por lo que la castellana sabía, no había visitantes en ningún lado. La gente se quedó en las puertas y esperaba que la peste siguiera su curso.

El golpe vino de nuevo.

La castellana se puso un par de guantes de cuero, mojó su pañuelo con aceite de lavanda y se lo llevó sobre la nariz y la boca antes de abrir la puerta.

En el escalón, maltratada por los fríos vientos invernales, se alzaba una dama de pelo oscuro con una capa de viaje de color rojo brillante.

Sus ojos eran anaranjados con ranuras verticales como un gato.

La castellana supo desconfiar de esos ojos. La iglesia prohibió a cualquier consorte con su especie.

La castellana cerró la puerta, pero encontró resistencia antes de que se cerrara.

"Por favor", le preguntó la dama. "Puedo ayudarte."

La castellana vaciló.

"¿Ayúdame, qué?"

"Tienes a alguien ahí que está enfermo. ¿O estás enferma?"

La castellana puso más fuerza detrás de la puerta. "Dejarme sola."

"Puedo ayudarte. Puedo oler que ya estás usando hierbas. Solo necesitas las correctas. Con la aplicación correcta, puedo ayudarte".

La castellana sabía que su uso de las hierbas había sido rechazado por sus vecinos. Estaba jugando con juegos de niños.

Pero su mandolina había sobrevivido más tiempo que ninguna otra. Ella sabía, sin embargo, que sus hierbas no lo salvaban, solo prolongaban su

dolor. Dejarlo ir era impensable.

"Todo bien."

La bruja empujó la puerta hacia atrás y bajó la capucha cuando entró. La castellana vio que sus vecinos la miraban a través de las ventanas antes de que pudiera volver a cerrar la puerta.

Esperaba que no informaran a los hombres de la ley.

La bruja trabajó toda la noche. Ella reemplazó el agua en la estufa con su propia mezcla.

Frotó un grueso y espeso aceite debajo de la nariz de mandolina y sobre sus labios. Ella frotó una algo de aceite sobre su pecho, tan penetrante que hizo que los ojos y la nariz de la castellana fluyeran.

Finalmente, la bruja vertió un líquido de olor dulce en la boca de mandolina y lo obligó a beber.

Luego vinieron los hechizos.

La castellana salió de la habitación. No soportaba escuchar las canciones guturales de la bruja. Era antinatural y blasfemo.

La castellana ya se había condenado a la ley con una bruja practicando en su casa. Escuchar las palabras podría condenarla también a cualquier dios que estuviera viendo a su buen esposo sufrir hasta llegar a su tumba.

Cuando la bruja terminó, hizo que se fuera.

"Creo que conoces bien mi tarifa. Volveré a cobrar en una semana".

La castellana asintió. Las brujas generalmente recolectaban sangre por sus problemas para que pudieran continuar su blasfemia sangrienta en otra parte.

Cuánta sangre esperaba la bruja que la castellana no conocía.

Milagrosamente, la mandolina mejoró. Día tras día, recuperó un poco de lo que había perdido.

Cuando terminó la semana, era lo suficientemente consciente como para comprender que una bruja se detuvo para recoger una cantidad sustancial de sangre de la castellana.

Estaba furioso por un momento, pero aliviado de haber sobrevivido a la

peste.

Después de otra semana, la mandolina había mejorado tanto que la castellana decidió quitar la cinta.

Sus vecinos se quedaron pasmados e incluso salieron de sus casas para ver a mandolina parado en la puerta de su casa, luciendo tan delgado como un esqueleto pero con una saludable rosa en sus mejillas que no había estado allí por un largo tiempo.

Esa noche la bruja hizo varias visitas más.

La palabra se extendió por todo el pueblo. Una cura.

Magia blanca fue susurrado también. Sobre todo por la iglesia.

No podría decirse que funcionó. La bruja lo había salvado.

*

Tres semanas después de que la bruja había venido a visitar a la castellana, se sentó a la mesa del comedor con su esposo.

Comieron pan y caldo de verduras. Hablaban y reían como si fuera su primera comida juntos cuando cortejaban.

La castellana se sintió tímido cuando se fueron a la cama. Había pasado tanto tiempo.

En algún momento de la noche después de que se habían quedado dormidos, exhaustos, la castellana se despertó y encontró la cama vacía, excepto por ella misma.

"¿Mandolina?"

Nada.

La casa se sintió quieta.

La castellana se movió a través del silencio mientras llamaba a su esposo. Desde lo alto de las escaleras pudo ver que la puerta de entrada estaba abierta.

El invierno sopló y enfrió la casa.

Ella agarró su abrigo más cálido del estante al pie de las escaleras y salió

a la noche.

La castellana pasó varias casas. Todos parecían vacíos. Las ventanas estaban oscuras, nadie se movió.

Las cintas danzaban con la brisa que se extendía para tocar a la castellana. Ella se encogió de ellos y apresuró sus pasos, sin estar segura de la forma de correr.

El grito de una mujer y el llanto de un niño empujaron a la castellana hacia la dirección de la iglesia. Las casas eran más grandes aquí.

Algunos tenían luces encendidas. Caras presionadas contra el vidrio. Ningún otro cuerpo había salido a ver quién estaba gritando.

La castellana dobló una esquina y vio la fuente de los gritos. Entonces se dio cuenta de que los gritos habían cesado, y también el llanto.

El cuerpo de una mujer yacía en la puerta abierta de una casa. No hubo un niño.

Un hombre se arrodilló sobre el cuerpo, apartando el cabello de la cara de la mujer con toda la ternura de un nuevo amante.

La castellana disminuyó la velocidad a medida que se acercaba a la casa. El hombre levantó la vista. Las lágrimas cayeron sobre sus mejillas.

"Ella se ha ido."

Tomó su mano sin vida y se la llevó a la boca para sofocar los sollozos.

Después de un rato, los sollozos disminuyeron lo suficiente como para que dijera "esa cosa se llevó a mi niño".

"¿Que cosa?"

"El ... hombre ... cosa".

Como en respuesta, alguien más comenzó a gritar.

El hombre levantó la vista, con los ojos llenos de terror.

"Lo está haciendo de nuevo", dijo y se disolvió en sollozos.

"¿No vas a buscar a tu hijo?"

O no lo escuchó o ignoró a la castellana.

Otro grito.

Los pies de la castellana se decidieron por ella y ella estaba corriendo.

Esa vez ella llegó allí a tiempo para ver a un hombre desnudo sosteniendo a un niño por el cuello. Una mujer se aferró al brazo del hombre, gritando por la vida de su hijo.

El niño ya parecía muerto a la castellana.

Otro niño estaba justo detrás del hombre, con la cabeza inclinada.

El hombre desnudo golpeó a la mujer alrededor de la cara, tirándola al suelo.

Luego tomó al niño muerto en sus manos, le arrancó la cabeza como si fuera de papel y dejó caer el cuerpo sobre la mujer inconsciente.

El hombre le entregó la cabeza al niño que estaba detrás de él y le colocó obedientemente la cabeza dentro de una bolsa colgada de los hombros.

El niño se tambaleó bajo su peso. La bolsa parecía casi llena.

¿Cuánto tiempo ha pasado esto?

El hombre cruzó el espacio hasta la casa contigua. Golpeó la puerta hasta que alguien respondió.

Otra mujer.

La castellana la reconoció, ella vivía sola.

El hombre desnudo la arrastró por el pelo y tiró de ella al suelo. Mientras su cuerpo se retorcía, la castellana gritó.

"¡Mandolina!"

Miró a la castellana pero ella no vio ningún reconocimiento en sus ojos. De hecho, ella no vio nada. Sus ojos eran dos orbes negros con pinchazos rojos en el centro

+

La castellana escuchó la risa. Se volvió y vio a la bruja que había salvado

a su marido no hace tres semanas.

"¡Tu hiciste esto!"

"Lo hice. Solo piensa en cuántos ahorré después de que vieron cómo se recuperó tu marido. Solo piensa en lo que sucederá el próximo mes cuando todos se levanten para darme las cabezas de los hijos de sus vecinos".

La castellana miró a su esposo, cuyo rostro estaba rojo de sangre y luego a la bruja.

"Mátame."